

## YO

Guardo mi Yo en una urna de cristal, en el salón de casa; en el exterior del cristal, he colocado una pequeña chapa dorada con el siguiente anuncio: *Yo*. Por las mañanas, salvo cuando llueve, saco la urna al alféizar para que Yo se airee un poco, y además lo hago con la vana esperanza de oírlo cantar alegremente boleros de otra época. La verdad es que, liberado de mi Yo, puedo dedicarme con relativa comodidad a pensar en mí. A hurtadillas, pero lo hago; al menos, durante unos minutos, lo hago con intensidad. Mi Yo es de color casi amarillo y tiene la forma de un signo de interrogación —el del cierre—, pero sin el punto. Está frío y duro, muy duro; no sé de dónde le viene esa dureza. Me parece que se va endureciendo con el paso del tiempo. Antes, creo recordar, era más blando; pero ahora se parece a una piedra con forma de signo de interrogación. Cuando levanto la tapadera que cierra la urna, Yo desprende un mal olor entre inocente y anticuado, y me pregunto si la causa de ese mal olor no será la fetidez propia de la desgana. A veces me consuela pensar que ese olor desagradable responde a los restos ajados de una infancia para el rubor y con la única compañía de las palabras y los mapas. El muy cabrón no palpita ni reacciona al contacto físico, así intente uno acariciarlo, así pincharlo con un puñal incandescente. He llegado a pensar que me reprocha mil faenas de las que no guardo noción alguna y, a estas alturas, no quiere saber nada de mí. Mamarracho... Eso sí, le agradezco que nunca me haga preguntas ni se interese por mis asuntos personales, incluso me temo que, de hablar, utilizaría un idioma diferente al mío, ya fuera por joderme. Pero se lo agradezco. Es cierto que tampoco me exige higienes ni paseos, ni carantoñas ni juegos. En fin, he de admitir que se trata simplemente de un Yo más o menos domesticado. Pero qué mal huele, el muy jodido...

Dicho lo cual, por favor, señores, mírenme atentamente. Mi Yo y un servidor les estamos observando a ustedes, y ni se imaginan lo que les tenemos preparado. Aténganse a las consecuencias. Seguramente no lo hacemos mejor porque no podemos, o no lo hacemos peor porque no sabemos. Por favor, mírenme. Aunque solo sea por conmiseración, no se olviden de mí.